
CAPITULO XXXI.

DEL INFLUJO DE LAS APOLOGÍAS ORTODOXAS EN EL MOVIMIENTO POLÍTICO.

Frente á la crítica racionalista se planteaba la apología protestante. Una escuela entera de apologistas, compuesta por numerosos escritores, atacaba furiosamente á la escuela de los críticos. En esto, como si la obra capital del siglo décimo-octavo fuera sembrar una idea dejando á otro siglo que la fecundase, muere Federico II, y con él muere la tolerancia. Su sobrino Federico Guillermo II le sucede. La estrechez sucede á la amplitud de miras; la intolerancia al espíritu humanitario; la rutina á la idea; un rey de pacotilla á un rey del espíritu; un oficinista á un héroe; un protestante, que quiere llevar el protestantismo por los medios burocráticos hasta las últimas conciencias, á un filósofo que deja las ideas esparcirse, mezclarse, combatir, formar las grandes combinaciones químicas de la vida intelectual, tener la misma espontaneidad que en su obra creadora tiene la naturaleza.

Y los apologistas protestantes, después de todo, no aconsejan otra cosa más que la lec-

A.

tura de la Biblia. Nunca he podido comprender cómo los pueblos protestantes de Europa retardan tanto su entrada en la República. Muchas veces, en mis reflexiones sobre la Historia, he pensado con detenimiento y madurez sobre la vivacidad con que comprenden y la rapidéz con que realizan los pueblos latinos las más avanzadas ideas, sobre todo en la esfera de la política. Aquí se conjuran todos los elementos para tener á los pueblos en completa ignorancia. En mis viajes por Suiza, lo que más me maravillaba era la cantidad de ideas liberales que allí descenden desde los púlpitos mezcladas con los aromas de las ideas religiosas y de sus eternas esperanzas. Cuando oía en la Iglesia de San Pedro de Ginebra un sermón lleno de evocaciones al espíritu del siglo, al génio de la libertad, al Dios del Evangelio, libro y código de las democracias, involuntariamente pasaban por mi memoria los sermones oídos en la parroquia de mi pueblo, llenos todos ellos de amenazas, de terrores, de pinturas del infierno, de

la retórica propia para apocar los ánimos y precipitarlos en el abatimiento y en la desesperación que al cabo engendran la servidumbre de la conciencia y del alma. Si los pueblos latinos supieran leer, si por obligación tuviesen que hojear á lo menos todos los domingos las páginas de la Biblia en vez de oír las salmodias de sus sacerdotes en lengua extranjera é ininteligible, ¿no hubieran sido hace ya dos siglos pueblos republicanos? Porque la Biblia es un libro lleno, desde las primeras á las últimas páginas, no diré de ideas, pero sí diré de sentimientos republicanos, y los sentimientos influyen con su poesía más aún que las ideas en los pueblos.

El Nilo, el río de los misterios, al lamer las piedras de los sepulcros, lleva sobre sus cálidas aguas, que serpentean por el desierto como la vía láctea por el cielo, la cuna de mimbres, donde va el enemigo de los reyes, el salvador de los pueblos. Uno de los primeros y más bellos cánticos de la Biblia está consagrado á exaltar la rota de los Faraones y de sus caballeros, sumergidos en las aguas del férvido mar, que se los ha tragado como si fueran piedra de los abismos. En cuanto las tribus en la tierra prometida se establecen, fundan una República mandada por magistrados que se llaman jueces. Y el día que cualquier tirano se levanta, los sentimientos de la libertad y el habla elocuentísima de los tribunales vibran hasta en el corazón y en los labios de sus mujeres. Jahel ha clavado con su martillo la estaca en las sienas del tirano Sisara. Débora canta bajo la palmera la victoria de los humildes sobre novecientos carros de guerra, todos chapeados de hierro y todos sumergidos en las ondas del torrente Cison. Cayéronse á las plantas de Gedeon las diademas de oro y los mantos de púrpura de las sienas y de los hombros de los príncipes de Madan; y los soldados de estos murieron en el campo como mieses mordidas por la hoz del segador. Jephthé se venga de su pueblo que le había despreciado por hijo de una

ramera, salvándole de conquistadores y de tiranos.

Demóstenes no ha hablado contra los reyes de Macedonia como el último de los jueces habla contra los reyes que desean y piden sus extraviadas tribus. Parece que todavía cuando se quiere condenar las veleidades de las muchedumbres por sus amos, hay que volver á imitar aquel sublime lenguaje y hay que anunciar aquellas mismas plagas. El discurso de Samuel se repite de siglo en siglo, así en las imprecaciones de Danton contra los reyes de Francia, como en las escenas de Schiller que pintan la naciente República de Suiza. Todo tribuno dirá á todo pueblo lo mismo: ¿Queréis rey? Vuestras libres tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los carros del rey como bestias. Al nacer naceréis con la marca de vuestra ignominia y seréis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro, propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos del ganado. Unos ireis delante de él como cabestros, y otros ireis detrás de él como reatas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su corte, ya para su odio y para sus guerras. Empapareis la tierra con vuestro sudor y el fruto será para él. Empapareis el campo de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareis y él cosechará. Vendmiareis y él se emborrachará. Engendrareis y él dispondrá de vuestros hijos. Ya no os llamareis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunuocos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos ungüentos, y luego entregarse como meretrices á su lascivia. Os repartirais entre sus cortesanos como se reparte y distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capricho. Mullid los cogines en que se acueste. Lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas, y que haga remos de sus galeras vuestros

brazos. La sangre, la honra, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un pródigo. Y como lo quereis, quereis una mordaza para vuestros labios, un freno para vuestras quijadas, argollas para vuestros cuellos, esposas para vuestras manos, grillos para vuestros piés, la noche en la inteligencia, la muerte en el corazón, la humillación ante Dios, la deshonra ante el mundo.

Las terribles profecías se cumplen. La Historia de la Monarquía confirma desde sus primeras á sus últimas páginas todas las amenazas del profeta. El rey escogido por aquel pueblo, que se olvidara á un tiempo de su religión y de su República, ensoberbécese, llénase de orgullo como el ángel rebelde, créese un Dios, y no se contenta con la sencilla magistratura política y civil, sino que sueña con la magistratura religiosa y sacerdotal, para oprimir bajo sus férreas manos cuerpo y alma de sus imbeciles vasallos. Inútilmente los más grandes reyes suben al oriente y pagan el trono de donde Dios está ausente. David, solo David brilla por algunos momentos; pero su persona es un mentís dado al principio monárquico, principio de trasmisión hereditaria, de casta oriental; porque David es un pastor á quien ha exaltado, no su cuna, sino su mérito. En cuanto el principio hereditario aparece, con el principio hereditario aparece también el horrible crimen que entraña la monarquía, institución radicalmente contraria á toda justicia. Salomón es el rey por excelencia. Todos los dones de la hermosura han caído sobre su persona; todo el fuego y toda la luz de la ciencia sobre su entendimiento: los pueblos lejanos le celebran, los magos del Oriente le buscan, los reyes le necesitan; bajo su cetro álzase el templo de Dios vivo, que las maderas de los cedros del Líbano coronan; que las piedras talladas por los trabajadores de Tiro y de Biblos forman; que el hierro, el bronce, la plata, el oro fundidos por Hiram esmaltan; que el Arca de la alianza

santifica; que un holocausto de veintidos mil bueyes y ciento veintidos mil carneros inauguran; que los presentes traídos por las naves surtas en los puertos del Mar Rojo para el Oriente, para Ophir, para el Occidente, para Tharsis, enriquecen; que la sabiduría de su fundador ilumina; mas como nada corrompe tanto en el mundo, como nada es funesto y homicida, cual un poder absoluto, el rey cuasi divino envenena su corazón de artista con todas las abominaciones del vicio, debilita sus fuerzas de guerrero con todas las flaquezas de la molición, mancha su inteligencia de sábio con todas las fábulas de la magia, oscurece su fé de creyente con todos los errores de la idolatría; y muestra con otro ejemplo más que no puede el mayor entre los hombres, ser alzado á las alturas del trono y convertido en una especie de Dios, sin trocarse por esta derogación á las leyes de la naturaleza en miserable bestia. Y así la monarquía, de tropiezo en tropiezo, de derrota en derrota, de caída en caída, con los primeros representantes de la dinastía de David, rompe, destroza la unidad de Israel, divide, dispersa las tribus unidas por la República; y con los últimos, entrega el reino al extranjero, la raza al cautiverio, la ciudad santa á la desolación y al saqueo, el templo al incendio.

Leed á los profetas. Isaías grita: gentes corrompidas, dejásteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazón, los piés hinchados, los miembros doloridos, sois todos hijos de Israel, una llaga que no curará la pomada ni ablandará el aceite. No quiere Dios holocausto, no le importuneis con el humo de vuestro sacrificio. Jeremías, desolado, llora. La ciudad poblada antes se halla solitaria; la esposa de los reyes viuda; la reina de los pueblos sujeta á tributo. Los soldados, que debían rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes que la halagaban con sus cánticos, fueron, los piés desnudos, y las manos